



—Pensar que tengo que hacer todo esto para que a mis hijos no les falte un trozo de pan que llevarse a la boca el día de mañana!...

## DASHIELL HAMMET: UN PROBLEMA PRIVADO

El 9 de febrero de 1950, una gran desgracia, de alcance histórico, sucedió en los Estados Unidos. El senador Joseph Raymond McCarthy, llamado desde entonces Joe McCarthy, inició una persecución de comunistas desde una oscura comisión senatorial; la persecución se convirtió en una histeria colectiva, en una crisis de confianza de la nación en sí misma. Nadie quedó libre de sospechas; ni el Presidente de la nación, ni algunos de los más brillantes generales del Ejército —el General Marshall, autor del Plan Marshall, que fue pieza clave en el anticomunismo americano—, ni los diplomáticos —el embajador Bohlen—, ni los sabios que habían creado la bomba atómica —Oppenheimer— se vieron libres de las acusaciones de comunismo. El período fascista de McCarthy duró cuatro años; sus secuelas no han terminado aún. McCarthy acabó su poder precisamente cuando se enfrentó con el Ejército. El Senado tuvo entonces fuerza para actuar y destituyó a McCarthy mediante una vigorosa acción del senador Fullbright; McCarthy murió tres años después, y el poeta cubano Nicolás Guillén le dedicó un poema-epitafio: «He aquí al senador MacBomba, muerto en su cama de injurias, flanqueado por cuatro cerdos; he aquí al senador MacCerdo, muerto en su cama de bombas, flanqueado por cuatro lenguas...». Entre otras cosas, el senador McCarthy destruyó el cine en los Estados Unidos. Persiguió en Hollywood a actores, directores, guionistas, a los que consideraba culpables de una empresa de desmoralización nacional. Uno de los guionistas perseguidos fue Dashiell Hammet. En 1951 fue detenido por orden del senador.

### «No puedo hacer eso»

Dashiell Hammet figuraba como responsable de la Caja de Ayuda Mutua del Congreso de Derechos Cívicos. El organismo fue considerado con el Comité McCarthy como una organización paralela al «Socorro rojo» y convocó a Dashiell Hammet para que diera

los nombres de todas las personas que habían contribuido con su dinero al sostenimiento de la Caja. Dashiell Hammet no los sabía. En realidad, había prestado su nombre, que estaba en la cumbre de la popularidad, pero jamás había entrado en las oficinas de la Mutua. Hubiese bastado que lo explicara así para que quedase exento de responsabilidad. Pero no quiso hacerlo así. Prefirió negarse a declarar. El día antes de su comparecencia, su compañera —Lillian Hellman— le preguntó:

—¿Por qué no dices que no sabes esos nombres?  
—No. No puedo hacer eso.  
—¿Por qué?  
—No sé por qué.  
Más tarde, dio una explicación:  
—Me horroriza esta clase de conversación, pero creo que es mejor que te diga que si la amenaza fuese más grave aún que la prisión, si se tratara de mi vida, la daría por lo que creo que es la democracia, y no dejaré a los policías ni a los jueces que me expliquen lo que creo que es la democracia.

Al día siguiente ingresó en la cárcel. Condenado, fue trasladado a un penal federal en West Virginia. Cumplió su condena sin una sola queja. Era un enfermo, y la cárcel agravó su enfermedad. Cuando quedó libre, no aceptó por un solo momento contar que lo había pasado mal en la cárcel. Si se le decía que la comida era infecta, Dashiell Hammet respondía: «Sí, pero siempre se puede tomar un vaso de leche». Se le había obligado a limpiar lavabos y retretes: «Es un trabajo interesante —explicaba— y termina uno por preocuparse por él y por los distintos productos de limpieza». Un día se encontró en la calle a Howard Fast. Era otra víctima de McCarthy y estaba ya citado para cumplir una pena de prisión. Hammet le dio un solo consejo:

—Será más fácil para ti, Howard, si comienzas por quitarte tu corona de espinas.  
La cárcel era, simplemente, un sitio al que había que ir.  
Esta manera de considerar la estancia en la cárcel era en él la forma de considerar, continuamente, la estancia en la vida. Du-



Dashiell Hammett.

En el ciclo dedicado a Humphrey Bogart por la televisión española se ha presentado "El halcón maltés", película basada en una novela de Dashiell Hammett. La influencia de esa novela ha sido enorme en los medios literarios: en Francia, algunos de los creadores del "nouveau roman" se dicen herederos de Dashiell Hammett. Malcolm Lowry, autor de "Bajo el volcán", decía que rompió varias veces su manuscrito porque no conseguía darle el tono de Hammett. En España, "El halcón maltés" y otras novelas de Dashiell Hammett se publicaron antes de la guerra civil, pero pasaron inadvertidas en el desprecio general que los intelectuales de entonces tenían por la novela policiaca y, en general, por todo fenómeno literario que alcanzaba a la masa. Tres novelas de Dashiell Hammett: "El halcón maltés", "La llave de cristal" y "Cosecha roja" han sido publicadas en castellano por Alianza Editorial, que en su colección de "El libro de bolsillo" está llevando a cabo una trascendental labor de ampliación cultural.

rante la Segunda Guerra Mundial se incorporó al Ejército —tenía cerca de cincuenta años: había nacido en 1894— y fue destinado a las Islas Aleutianas, donde hacía un periódico de campaña. Le llamaban, por su edad, «Papá». Uno de sus compañeros de entonces le recuerda en aquel lugar, «el peor tiempo posible es el más siniestro de los agujeros, ningún combate en perspectiva, el viento continuo...». Pero la mayor preocupación eran las mujeres. «Al cabo de un año, circulaban todos los rumores posibles acerca del efecto que nos hacía estar privados de ellas». Hammett escuchaba un momento, sonreía, seguía leyendo, se dormía hasta la hora de su trabajo (el periódico se comenzaba a las dos de la madrugada). Una noche, las quejas habían subido de tono. Alguien dijo:

—Y tú, ¿qué piensas, «Papá»?

—De acuerdo, una mujer sería agradable —respondió Hammett—, pero por estar privado de ellas no se caen los dientes o el cabello, y si os volvéis locos es porque lo habríais sido de todas maneras, y si no paráis ya con esta historia, recojo mis cosas y me voy a otra barraca. Aparte de eso, debajo de mi cama hay una botella de whisky. Echad un trago y tratad de dormir.

Y se fue a su trabajo. «Teníamos todos tanto miedo de perderle —dice su compañero— que jamás se volvió a hablar de ese tema delante de él».

### El detective de la Agencia Pinkerton

Dashiell Hammett nació en Maryland, dejó la escuela a los catorce años y, como tantos escritores de los Estados Unidos, hizo su aprendizaje en mil oficios de la calle: botones, vendedor de periódicos, estibador, sereno... Entró después en la agencia de detectives privados más famosa del mundo, la Agencia Pinkerton. Su trabajo como «private eye» fue interrumpido por la Primera Guerra Mundial: el sargento Samuel Dashiell Hammett no tuvo quizá una actuación muy brillante, pero

contrao en ella la enfermedad que le costaría la vida muchos años más tarde. Una gripe se le convirtió en tuberculosis, la tuberculosis le dejó un enflema pulmonar y, finalmente, se le produciría un cáncer de pulmón. Cuando terminó la guerra, volvió a la Agencia Pinkerton. La historia de por qué la abandonó es pintoresca. Doscientos mil dólares en oro habían desaparecido de un barco que hacía la línea San Francisco-Sydney; la compañía aseguradora había encargado a Pinkerton que los buscara y la agencia se lo había encomendado a Dashiell Hammett. El oro no aparecía, pero se tenía la evidencia de que estaba en el barco. Como el barco debía salir de nuevo a la mar, se decidió que Das-

piración: el oro debía estar escondido en la chimenea. Una tentación interior le dijo que demorase su registro hasta que el barco hubiese partido y el viaje fuese ya inevitable, pero la honestidad profesional pudo más. El oro, en efecto, estaba en la chimenea, y Dashiell Hammett descendió del barco con él. Lo depositó en la Agencia Pinkerton al mismo tiempo que su dimisión.

### «Mi oportunidad: no hablar»

Recurrió entonces a la sucesión de trabajos diversos y absurdos. Entre tanto, se había casado y tenía una hija; su mujer estaba embarazada —tendría otra hija— cuando Dashiell Hammett tomó la decisión de separarse de su familia, vivir solo y comenzar a escribir. Es muy probable que los sufrimientos de su enfermedad —debía pasar largas temporadas en hospitales militares— fuesen las verdaderas razones para el abandono de la carrera de detective y la separación, pero como se negó siempre a hablar de sus propios sufrimientos y a subestimarlos, buscó pretextos de apariencia frívola. Escribió historias cortas, artículos, incluso poemas, para revistas baratas. Tuvo una vida bohemia. Su experiencia en la Agencia Pinkerton le trasladó a la literatura, donde la agencia sería la «Continental». El éxito le vino inmediatamente. Era una nueva manera de escribir. Un nuevo realismo. La violencia, la rudeza de la vida americana, el trazo magistral de los personajes, el lenguaje audaz y directo, causaron un impacto inmediato. Hammett fue un personaje popular en todo el país. Fue llamado a Hollywood; se adaptaron a la pantalla sus novelas —no escribiendo más que cinco y numerosas narraciones breves, de las que luego salían guiones— y ganó grandes cantidades de dinero. Las gastaba. Siempre repartió dinero a todo el mundo. Bebía. Era un personaje de bar. Había borracheras que duraban una semana. Hasta que un médico le ordenó que no bebiera: Dashiell Hammett le



Joseph Raymond McCarthy.

dió su palabra y abandonó la bebida, probablemente más por cumplir su palabra que por salvar su vida.

Fue en Hollywood donde conoció a Lillian Hellman. Ella tenía veinticuatro años, él treinta y seis. Lillian Hellman sería uno de los mejores autores teatrales de los Estados Unidos. Dashiell Hammett la ayudó a escribir su primera obra. «The children's hour» lleva esta dedicatoria: «For D. Hammett, with thanks». La unión entre los dos debería durar treinta años —con intervalos—. Pero pocas veces se rompió el silencio con que Hammett preservaba su intimidad. «Nunca he sabido si Dashiell había sido o no miembro del partido comunista; nunca se lo pregunté», comenta ella recordando la época de su persecución política. Tampoco le arrancó nunca una palabra acerca de sus sufrimientos. Una noche, próxima ya su muerte, Lillian entró en la alcoba de Hammett y le encontró con los ojos llenos de lágrimas y el libro —leía continuamente— abandonado. «Me senté a su lado y esperé un momento antes de poder decir:

—¿Tienes ganas de hablar?

—No; mi única oportunidad es, precisamente, no hablar».

—Sufrir —comenta Lillian Hellman— era, para él, un problema privado.

La condena, la evicción de Hollywood, el miedo de los productores —algunos de sus guiones posteriores están firmados con seudónimo y pagados a bajo precio— y de los editores le dejaron sin dinero. Vivía solo, en una casa sucia y descuidada, con libros apilados por todas partes. Fue su enfermedad, y no la falta de dinero, lo que le llevó a aceptar irse a vivir al apartamento de Lillian Hellman, que ya era famosa. Fue de allí de donde le sacaron una mañana, en ambulancia, hacia el hospital, para morir. Después de dos días en coma, falleció al comenzar el año 1961. ■ PABLO BERBEN.

Los principales rasgos humanos de Dashiell Hammett están tomados de los recuerdos de Lillian Hellman.